

Prólogo

Los infortunios de Maquiavelo en España

PABLO SÁNCHEZ GARRIDO

La influencia de Maquiavelo en España corrió una fortuna peculiar puesto que pese a su rechazo casi generalizado durante los siglos posteriores a su muerte, provocó todo un género literario de *antimaquiavelos*, e incluso alguna corriente que aún manteniendo ese rechazo formal intentó corregir la inmoralidad de la razón de Estado maquiavélica con una versión moralizada o cristianizada; igualmente, se disfrazó la recepción de algunas ideas maquiavélicas con el ropaje clasicista del tacitismo. Las referencias en *El Príncipe* a Fernando el Católico como modelo de “príncipe nuevo”, provocaron igualmente un aluvión de textos apologéticos en diversos autores españoles que quisieron lavar la mancilla de maquiavelismo que había caído sobre el rey católico.

Ante todas estas líneas de maquiavelismo, o de antimaquiavelismo, en la historia del pensamiento político español no es extraño que hayan aflorado diversos estudios que han tratado sobre la influencia y recepción de Maquiavelo en España¹. La obra que tenemos entre manos es una nueva aportación a esta especie de meta-género –un género acerca del

¹ En cuanto a libros, más o menos recientes, véase: H. Puigdomenech, *Maquiavelo en España*, FUE, Madrid 1988; J. M. Forte, P. López, (coed.), *Maquiavelo y España*, Biblioteca Nueva, Madrid 2009; Walter Ghia, *España y Maquiavelo. El Príncipe ante el V Centenario*, Editorial Academia del Hispanismo, Vigo 2013. Así como multitud de artículos de autores como: J. L. Álvarez, J. Beneyto, M. Beuchot, J. L. Mirete, M. B. Arbulu, etc. Sin olvidar los estudios, ya clásicos, de J. A. Maravall, de F. J. Conde o de Tierno Galván.

género del (anti)maquiavelismo en España–, que aporta nuevos datos y nueva luz sobre el particular. En el contexto de cinco siglos de interpretaciones sobre Maquiavelo, esta obra se ha beneficiado de las diversas revisiones que se han producido a lo largo del siglo xx sobre la clásica y en ocasiones caricaturizada imagen del florentino. Como se argumenta en el capítulo “España en Maquiavelo”, a la clásica –y a veces caricaturizada– interpretación del Maquiavelo *maquiavélico*, el siglo xx ha aportado valiosas revisiones y nuevas recepciones de sus obras e ideas, que nos han abierto vías interpretativas hacia un Maquiavelo *maquiaveliano* y hacia un Maquiavelo *maquiavelista*². Analogamente, junto el discurso oficial de la España antimachiavélica, latía sordina en otro discurso maquiaveliano y maquiavelista.

Por ello, como encuadre general de esta obra, no está de más hacer una breve referencia a la peculiar fortuna que corrió Maquiavelo y su obra en España en el contexto posterior a la publicación de *El Príncipe*. De entrada, es curioso observar la recepción favorable que la obra del florentino recibió por parte del emperador Carlos V, nada sospechoso de ideas libertinas, quien quería que su hijo leyese a Maquiavelo “por ser útil y provechoso para cualquier príncipe”. Por otro lado, *El Príncipe* fue editado en las imprentas vaticanas y con el *imprimatur* correspondiente del Papa. Sin olvidar que fue el Papa Clemente VII quien financió y encargó al florentino su *Historia de Florencia*, premiándole a su finalización con ciento veinte ducados de oro.

Pero esta situación cambió algunos años después, sobre todo en España, coincidiendo con la propagación de la Reforma Protestante. Maquiavelo pasó a convertirse en un anticipador de la Reforma, una especie de cooperador moral, y su nombre fue adquiriendo resonancias de conjuro infernal. Así, tras ese paréntesis inicial, comenzaron a proliferar las obras críticas que conformaron todo un género de pensamiento político español: el antimachiavelismo, publicándose varias obras con el

² La revisión *maquiaveliana* es fundamentalmente la que procede de los autores vinculados a la Escuela de Cambridge y al neorrepublicanismo cívico, con autores como John Pocock, Quentin Skinner, M. Viroli. En cuanto a la revisión maquiavelista, puede vincularse a la tradición del realismo político, que en España cuenta con Francisco Javier Conde y que podría remontarse hasta a un Saavera Fajardo.

título de *Antimaquiavelo*. Dicho antimachiavelismo tuvo diversos grados, desde la condena radical de un Ribadeneira, que le llamará “ministro de Satanás”, a la de Quevedo o la de Gracián, éste último con su famosa idea de que la razón de Maquiavelo no era “razón de estado” sino “razón de establo”. Aunque también se produjo una recepción más ambigua y con un variado grado de asimilación crítica por parte de los tacitistas. Sin embargo, por una especie de fortuna irónica del florentino, o de victoria “pírrica” de los antimachiavélicos, la fama del florentino adquirió unas dimensiones enormes dentro de España, ya que en este intento de separarse del machiavelismo, muchos autores españoles acabaron partiendo de algunos de sus supuestos, como el del realismo político, para después intentar ofrecer una respuesta cristianizada o moralizada del mismo, lo cual sobredimensionó la presencia de Maquiavelo en España. Se produjo así la paradoja de lo que se llamó “machiavelismo de los antimachiavélicos”, o la de un “machiavelismo sin Maquiavelo” en palabras de Tierno Galván; como cuando leemos en Quevedo:

“No escribáis lo que había de ser, que esa es doctrina del deseo; no lo que debía ser, que esa es lición de la prudencia, sino lo que puede ser³”.

O en un sentido muy semejante, Saavedra Fajardo afirma:

“No ha de ser el gobierno como debiera, sino como puede ser⁴”.

Solamente con seguir el hilo de los escritos españoles dedicados a cristianizar un concepto de raigambre tan machiavélica como el de “razón de Estado” –término en realidad popularizado por G. Botero–, nos encontraremos con buena parte de las obras de pensamiento político de estos siglos, con autores como Ribadeneira, Saavedra Fajardo, Álamo de Barrientos, Lancina, o el también tacitista flamenco Justo Lipsio, que en esta obra analiza tan certeramente Joaquín Abellán. Casi todos ellos desarrollaron una “ratio status more católico”. Como afirmó Maravall en

³ No quiere esto decir que el realismo político sea algo a la tradición española, o introducido *ex nihilo* a partir de Maquiavelo, sino más bien que el intento de replicar a Maquiavelo sirvió para que el realismo tuviera una creciente presencia en el pensamiento político español, incluso por parte de autores que desconocían la obra del florentino. *Discurso de todos los diablos o infierno emendado*, OCCC, 1941, p. 256, citado por Maravall, J. A., “Maquiavelo y machiavelismo en España”, *Estudios de Historia del pensamiento político español*, vol. II, CEPC, p. 51.

⁴ Para la cita de Saavedra Fajardo, *Empresa LXXXV*, en OCCC, Madrid 1946, p. 602.

su “Maquiavelo y maquiavelismo en España”: “... el pensamiento español del siglo XVI y aun del siglo XVII, no hubiera asumido la forma que presenta, sin partir del nivel en el que la obra de Maquiavelo situó la reflexión sobre la política”⁵. Lógicamente, esto ha mantenido muy vivo el interés español por Maquiavelo hasta nuestra actualidad, como ha ocurrido por ejemplo, dentro de la corriente que llega hasta la actualidad y que se ha denominado “realismo político”, donde tuvo cabida, por ejemplo, un Francisco Javier Conde, autor del interesante opúsculo: *El saber político en Maquiavelo*⁶.

Por eso, ante el contexto del V Centenario, en 2013, de la elaboración de *El Príncipe* –aunque esta obra fue publicada con posterioridad a 1513– en el que se han escrito estos capítulos, no debe extrañarnos que hayan proliferado otros actos y publicaciones conmemorativas sobre Maquiavelo en España. Este libro también responde a uno de esos actos académicos, en este caso organizado por el Instituto de Humanidades Ángel Ayala de la Universidad CEU San Pablo –seguramente el último de estos actos del V Centenario, ya que se celebró un 17 de diciembre de 2013–. El resultado recogido en este libro se ha aprovechado del conocimiento sobre la materia de diversos expertos en Maquiavelo, o en el maquiavelismo español. Así, la obra podría dividirse en dos bloques temáticos, por un lado comprende unos capítulos dedicados el pensamiento político de Maquiavelo que ponen el énfasis analítico sobre el contexto histórico de la España y Europa de su tiempo, como podemos observar en los trabajos de José Peña, Manuel Santaella y Pablo Sánchez Garrido. Por otro lado, en los otros tres capítulos, se analiza la repercusión de Maquiavelo en algunos pensadores políticos españoles que asumieron o criticaron el legado del florentino, como es el caso de los textos de Joaquín Abellán,

⁵ Maravall, J. A., “Maquiavelo y maquiavelismo en España”, *Estudios de Historia del pensamiento político español*, vol. II, CEPC, p. 42.

⁶ Conde, Francisco Javier. *El saber político en Maquiavelo*, Ministerio de Justicia y CSIC, Madrid, 1948. Otro ejemplo actual, podría ser: Dalmacio Negro, “Maquiavelo no era maquiavélico”, conferencia en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, del *Ciclo de conferencias públicas del V centenario de El Príncipe de Maquiavelo*, Madrid 18.X.2013.

Teresa Cid y Miguel Saralegui⁷. Gracias al buen hacer de sus autores, el resultado final de esta obra seguramente contribuya a avanzar en el conocimiento de lo que podría llamarse la “cuestión maquiavélica”, o “el problema Maquiavelo”⁸, o cuando menos a refinar nuestra interpretación de un autor que no deja de sorprendernos cinco siglos después de su muerte.

Pocos días antes de que este libro fuera llevado a la imprenta, tuvimos noticia del triste fallecimiento del profesor Manuel Santaella, amigo y compañero de la Universidad CEU San Pablo hasta su reciente jubilación, escasos años atrás. Dedicamos este libro a la memoria y recuerdo de este gran profesor e investigador, labor que compaginó admirablemente con la de Abogado del Estado. De su trayectoria académica es simple muestra, por ejemplo, la concesión del Premio Montesquieu de la Academia de Burdeos; su interesante obra sobre la opinión pública en Maquiavelo (Alianza, 1990); o su magnífica colaboración en la obra conjunta *Historia del Análisis Político*, galardonada con el Premio Ángel Herrera de investigación; entre otros muchos méritos. Pero Manuel también supo armonizar su excelencia humana con su excelencia profesional, llenándola de una humildad y de una entrañable cordialidad que brillaban con una luz especial en el actual panorama académico.

⁷ Aunque el profesor Saralegui no participó en el acto académico que sirvió de base para el presente libro, se agradece su aceptación para colaborar en el mismo, dado su intenso conocimiento en la obra del florentino, a cuyo tema dedicó su tesis doctoral y diversas investigaciones y publicaciones posteriores.

⁸ Hay autores que han sido especialmente problemáticos a la hora de su interpretación histórica e intelectual, como ha ocurrido, por ejemplo, con Adam Smith y la también centenaria polémica bautizada como “Das Adam Smith Problem”. Maquiavelo es quizá uno de los más problemáticos.

Parte primera

España y Maquiavelo en el contexto histórico-político de su tiempo

El escenario maquiavélico. España y Europa en tiempos de Maquiavelo¹

JOSÉ PEÑA GONZÁLEZ

El Instituto de Humanidades Ángel Ayala de la Fundación Universitaria San Pablo CEU no podía dejar pasar un centenario tan significativo para la historia política como el quinto centenario de la conclusión de *El Príncipe*. En la carta en la que Nicolás Maquiavelo comunica a su amigo y colega Vettori, embajador de Florencia ante el Papa, la conclusión de un libro al que titula *De Principatibus*, le expone que trata sobre todo lo que hay que saber acerca de los Principados: cómo se adquieren, cómo se mantienen y cómo se pierden. Esta epístola está fechada en su residencia de San Casciano el 10 de diciembre de 1513 y este día, es decir, hace 500 años y una semana², es la comúnmente aceptada por todos los estudiosos del florentino para datar su obra capital, más conocida como *El Príncipe*, aunque su publicación no vería la luz hasta cuatro años después de su muerte, que tuvo lugar el 22 de junio de 1527. El año 1531 el Papa Clemente VII autoriza la publicación de esta obra que muy pronto alcanzaría gran renombre y multiplicaría sus ediciones³.

¹ El presente texto reproduce casi literalmente la conferencia pronunciada el día 17 de diciembre de 2013 por el autor en el seminario organizado por el Instituto de Humanidades Ángel Ayala de la Fundación San Pablo CEU bajo el título “Maquiavelo y España. El quinto centenario de *El Príncipe*”, y en el que participaron los profesores D^a Teresa Cid, D. Pablo Sánchez Garrido, D. Manuel Santaella y D. Joaquín Abellán, junto al que suscribe, quien ha revisado el texto reproducido de la grabadora.

² Como se indica en la nota anterior, el acto académico que sirve de base para este texto fue celebrado el 17 de diciembre de 2013.

³ La Biblioteca Nacional de España ha organizado una magna muestra con las principales ediciones de las obras de Maquiavelo que tiene en sus fondos.

La obra está dedicada a Lorenzo de Medicis, duque de Urbino, sobrino de León x, en quien Maquiavelo quiere ver al joven Príncipe que haga posible su patriótico sueño: la unificación de Italia. Como ha sucedido en otras obras fundamentales en la historia política que destacan por su brevedad –recuérdese el Manifiesto marxista de 1847– este opúsculo de apenas 26 capítulos estaría llamado a revolucionar el panorama político desde el momento de su publicación hasta la actualidad. De acuerdo con el tema propuesto me limitaré a exponer el contexto histórico del mundo en que se desarrolló el sagaz secretario florentino. El análisis del texto de la obra será objeto de los destacados especialistas que integran este libro, así como otros aspectos biográficos de su autor.

1. Maquiavelo y su mundo

El autor de *El Príncipe* fue uno de los primeros europeos que advirtieron las grandes transformaciones que experimentaba el declinante mundo medieval a finales del siglo xv. Se trata de una serie de acontecimientos que el maestro Maravall resume bajo el genérico epígrafe de “Revolución Estatal”, es decir, un conjunto de hechos históricos que ayudan a explicarse lo que el mismo Maravall llamaba los “conjuntos históricos” un avanzado y novedoso análisis metodológico en las ciencias sociales e históricas que permiten comprender los grandes cambios que hundiendo sus raíces en el siglo xiii y superando los estertores de la declinante Edad Media , abren la puerta a la llamada Edad Moderna.

Y en esta centuria del quinientos se hace visible uno de los más sobresalientes inventos de la cultura europea: la aparición del Estado. Un producto cultural como gustaba resaltar el profesor Ollero que permitiera superar la llamada por Gierke “diarquía medieval», es decir, el dualismo en el ámbito del poder político de la Iglesia y el Imperio o la llamada por Hegel “poliarquía medieval», refiriéndose a la multiplicidad de poderes territoriales que había hecho posible el feudalismo. El Estado se configura así como una concentración de poder monista que surge en un momento histórico concreto y en unas coordenadas espaciales muy precisas. El momento temporal es a finales del siglo xv, y el espacial en los tres únicos países de Europa que en ese momento reunían las

condiciones necesarias de madurez política, social, intelectual y económica para hacerlo posible, es decir, España, Francia e Inglaterra, a las que luego me referiré.

Junto a ellos hay otros dos territorios que aspiran o sueñan con poder transformarse en estados. Alemania, a la que ya Lutero dirige su proclama “A la nobleza cristiana de la Nación alemana” y Maquiavelo, que sueña con la unificación territorial de la península italiana de la mano de un joven príncipe, al que dedica su opúsculo. Como es sabido habrá que esperar a finales del siglo XIX para que ambos sueños se hagan realidad.

Maquiavelo será precisamente el primero que se da cuenta del cambio experimentado y de la aparición de un nuevo sujeto político al que va a denominar como *lo Stato*, lo que está ahí. A partir de ese momento la palabra se incorpora a todas las lenguas cultas de Europa.

El Estado será la resultante final de esa “revolución estatal”, que recoge todas las transformaciones experimentadas durante los años finales del XV, que hunden sus raíces en la época anterior, alcanzando su plenitud en los dos siglos siguientes, es decir, en el XVI y en el XVII. Hoy este concepto maravalliano se encuentra respaldado metodológicamente por el utillaje que han prestado a las ciencias sociales autores tan prestigiosos como Hamilton, Carande, Klein, Vilar, Lapeyre, Ruiz Martín, Sombart, Chaunu, Bannas, Bataillon, Alfred Weber y Ferdinand Braudel. Procede hacer una síntesis de una serie de acontecimientos que han ido modulando el devenir histórico y a los que el florentino también aporta su grano de arena. La “revolución estatal” es simultáneamente causa y consecuencia de las grandes transformaciones que Maquiavelo no tarda en advertir, tales como la aparición de un incipiente capitalismo, el papel de los ejércitos y los *condottiers*, la recuperación del derecho romano, el cuerpo de letrados y primeros burócratas al servicio del rey como titular del Estado, etc.

En el nuevo escenario hay que destacar que se asume el humanismo griego, lo que Hans Freyer llama la concepción del Estado como una obra de arte, de Pericles y de los grandes intelectuales del siglo IV a.C.

Igualmente, la semilla del cristianismo, la aparición del reino de Dios y su posición beligerante en la Edad Media. La aparición del llamado Reino de la Razón en un proceso de secularización hasta entonces inédito, una tierra que se hace redonda de pronto; descubrimientos cosmológicos; revitalización de la ciencia y la técnica; redescubrimiento del humanismo clásico... Maquiavelo es ya un “moderno”, pero además es un autor que ya se considera italiano.

Italia era el terreno abonado para alentar los primeros chispazos renacentistas. El recuerdo de Roma, su concepto del poder y el estado y su idea del *imperium* como elementos de unidad para el mundo. La aparición de Petrarca como motor de la poesía y la lírica renacentista. La presencia en Italia de hombres como Manual Crisolaras y Jorge de Trebisonda, que traen de Bizancio la llama de la cultura clásica, la marcha de los Papas a Avignon y la caída de la casa de Suabia, incitan a los italianos a buscar nuevos caminos y marcarse nuevos ideales. Todo ello, según Burckhardt, en parte facilitado por el contacto con oriente por parte de Venecia y el comercio en el mediterráneo oriental. Sin embargo, los nuevos descubrimientos cambiarán por completo el mapa geopolítico europeo. El hallazgo colombino traslada el centro de gravedad del Mediterráneo al Atlántico y cuando lleguemos al xvii, la Europa horizontal mediterránea dará paso a la vertical atlántica y el mundo latino empezará a ser suplantado por el anglosajón.

Italia rompe abiertamente con la tradición artística y política de la Edad Media. Brunelleschi en la arquitectura con su colosal y revolucionaria Cúpula de Florencia, el gran Donatello en la escultura y Jacobo de la Quercia en la pintura, son ya hombres del siglo xv y plenamente renacentistas. Maquiavelo se da cuenta muy pronto que se cierra lo que nosotros hemos llamado la Edad Media y se abre una nueva época caracterizada precisamente por cerrar y poner fin a la anterior, y cuyos rasgos más sobresalientes son los siguientes: hondas transformaciones económicas, descubrimientos de nuevas rutas para llegar a Oriente, la gran empresa de su medio paisano Cristóbal Colón, financiada por los Reyes de España (modelos para el nuevo Príncipe), los viajes de portugueses y españoles hacia el Occidente que llevan consigo el hundimiento del poder de la Hansa, la aparición del mercantilismo frente al modelo

estamental de gremios y corporaciones, el uso extensivo de los grandes inventos: la pólvora (inventada por los chinos pero perfeccionada en Europa), la brújula (también invento chino y actualizada por los árabes) y la imprenta con el invento del papel y la tipografía por Lorenzo Coster y más tarde perfeccionado por Juan de Gutemberg, nacido en Maguncia el año 1400 y que saca a la luz el primer libro impreso que es la Biblia en 1456. A todo ello hay que unir la tendencia a la centralización del poder, y será en este terreno donde la obra de Maquiavelo aspira a ser la respuesta adecuada para el momento. Aquí entra *El Príncipe*, cuyo quinientos aniversario celebramos. Lo anterior no debe hacernos olvidar que todo ello hunde sus raíces en la Edad Media de la que la modernidad es hija, fruto de sus aciertos y de sus errores.

La panorámica de la Edad Moderna desde el punto de vista histórico se puede sintetizar en tres hitos o mojones temporales que marcan una nueva era: 1453 con la caída de Constantinopla, que lleva consigo el fin del Imperio de Bizancio y el inicio del Imperio turco. Se puede situar alrededor del año 1457 la constitución de las naciones estatales –España, Francia e Inglaterra– y cerrando la centuria, 1492, con los grandes descubrimientos geográficos.

Los protagonistas de estos cambios tan revolucionarios serán, en la península italiana: Julio II y León X al frente de los Estados Pontificios, con un poder ni tan fuerte para lograr por sí solos la añorada unidad italiana, ni tan débil para impedir que otros lo intentaran, en opinión de Maquiavelo. Toda la Edad Media se ha visto cruzada por la pugna intelectual entre los partidarios del poder papal y el imperial. Ello dio lugar a un floreciente período que inicia con la doctrina de “las dos espadas” del Papa Gelasio I hasta llegar a la *Universitas Christiana*, preconizada por Gregorio VII, que estalla durante la guerra de las Investiduras. Un debate intelectual de gran altura entre los defensores del protagonismo del papado contra los del imperio. Entre los primeros, Honorio de Augsburgo con su *Summa Gloria* (1123), Juan de Salisbury con el *Policraticus* (1159) y el gran Egidio Colonna, quien en 1302 escribe el famoso *De ecclesiastica potestate*, en defensa de los derechos del Papa a controlar no solo el poder espiritual de la Cristiandad, sino también el temporal. Enfrente, los partidarios del Emperador, destacando entre todos Juan de París con su *De*

potestate regia et papali de 1302. El punto culminante de esta confrontación ideológica se cierra con dos grandes figuras cuyas obras curiosamente son el ataque más eficaz contra el imperialismo papal defendido por Inocencio III. Guillermo de Occam, partidario de la llamada teoría conciliar que postula la democratización de la Iglesia. El poder deja de estar en manos del Papa y se traslada a los obispos con el papa a la cabeza. Una especie de democrático gobierno eclesiástico, como lo denomina Sabine, que fue rechazado de plano por el Papa. A su lado el gran Marsilio de Padua, rector de París, quien junto con Juan de Jandun, publica en 1324 su famoso *Defensor Pacis*, defensor, según Getell, del conciliarismo, que sería inmediatamente condenado en el Concilio de Basilea.

En la Francia de Luis XI, la Corona se impondrá a Carlos el Temerario último representante del feudalismo francés cuya hija María de Borgoña, casada con Maximiliano de Austria, padres de Felipe el Hermoso, el futuro esposo de Juana de Castilla, la hija de los Reyes Católicos y madre del César Carlos. Su abuelo Fernando, el llamado Rey Católico y posible modelo principesco para el florentino, lograría la unidad de la península al adquirir por matrimonio con Germana de Foix el reino de Navarra. Ya está conseguida la ansiada unidad nacional que no significaba precisamente la uniformidad que tanto se ha predicado del reinado de Isabel y Fernando.

En Inglaterra, tras la llamada Guerra de las dos Rosas protagonizada por los Lancaster (Rosa roja) contra los York (Rosa blanca), Enrique Tudor, duque de Richmond derrota a Ricardo III, personaje monstruoso y criminal, y casa con Isabel de York, reuniéndose los derechos de ambas familias y dando origen al Estado nacional inglés.

De todo ello tendría noticia el secretario florentino cuyo sueño se realizará tres siglos más tarde de la mano de Cavour y Garibaldi. Su obra está entre los grandes del pensamiento político. Una obra que hizo época. Según Chavalier, lo que une a Maquiavelo con Bodino, Hobbes, y Bossuet es su adoración al poder concreto. Al poder de uno solo, es decir, a la monarquía absoluta. Por eso, en su obra ya canónica, *Los grandes textos políticos de Maquiavelo a nuestros días* los incluye juntos bajo el epígrafe de "Al servicio del absolutismo". El que fuera Director del Instituto

de Estudios Políticos de París, añade en su comentario a *El Príncipe* que el nombre de su autor –Maquiavelo– ha dado lugar a un sustantivo –maquiavelismo– y a un adjetivo –maquiavélico–, presente en todas las lenguas. Maquiavelo, con su obra, inaugura una época que terminará a finales del xvii y principios del xviii dando lugar a lo que llama Paul Hazard *La crisis de la conciencia europea: 1680-1715*. En su travesía vital confluyen tres factores: Renacimiento, Italia-Florenia, unido a un fuerte sentimiento de italianidad, el sueño de una gran nación que pivotaba sobre cuatro estados: Roma, Venecia, Milán y Florenia; todos ellos cargados de historia y de gloria y a cuyo alrededor pululaban múltiples estadios. Una península italiana envuelta en una caótica situación social y política de guerras y crímenes, en medio de un grandioso desarrollo artístico, lo que daba lugar a un gran contraste.

Los sucesos de Lorenzo el Magnífico acabando con las libertades provocan la reacción y conjura de Salviatti –arzobispo de Pisa–, y Francisco Pazzi. Acaban mal, Lorenzo muere en 1492 y su sucesor Pedro tiene que huir de Florenia. Vuelve la república pero de la mano del dominico Jerónimo Savonarola, un fanático ascético y dictatorial que establece una teocracia muy puritana, como más tarde haría Calvino en Ginebra. Florenia se transforma en una inmensa pira donde se queman manuscritos, libros raros y obras de arte en busca de la castidad y la pobreza evangélica. Su poder absoluto dura un año, en 1498 es ahorcado y quemado vivo y sus restos arrojados al Arno.

A la caída de Savonarola, Maquiavelo ingresa en la segunda secretaría de la cancillería florentina como funcionario. Empieza su vida gris de burócrata. Intervino en misiones en Francia y Alemania. Conoce a César Borgia, “un animal político”. Vive en directo el cambio político en Florenia. Vuelven los Medicis. Maquiavelo es desterrado y pierde su empleo en la cancillería. Queda vacante y empieza a escribir. Tiene tiempo libre. Un ocio creativo se abre para el florentino. Gracias a esta absurda medida de los Medicis podemos hoy tener su obra.

Obra varia en su temática pero toda ella muy interesante, de la que tratarán con más autoridad que yo los demás autores. *Los Discorsi, La Historia de Florenia, El Tratado sobre el arte de la guerra, La Mandrágora,*

Vida de Castruccio Castracani y la más conocida de todas: *De los Principados*. Todas ellas desde su reclusión en San Casciano, haciendo una vida de jubilado forzoso, como diríamos en lenguaje de hoy, aunque nada ocioso. Escribe y filosofa de noche, dialogando con los grandes hombres de la antigüedad, según confiesa. Ahí surge *El Príncipe*, que dedica a Julián de Medicis, hermano del Papa León x. Apremiante llamada pro domo, dice Chevalier. Tiene una familia que mantener. Obra breve, 26 pequeños capítulos, pero una revolución en papel desde 1531. Pragmatismo y realismo político a partes iguales. Imitado por los grandes y negado al mismo tiempo por todos ellos. Desde Federico de Prusia con su *Antimaquiavelo* de 1738 hasta Stalin –según Koetsler en *El cero y el infinito*–, pasando por Napoleón, Mussolini y Hitler, la fuerza corrosiva de su pensamiento se hace presente. Tras el obligado silencio a su muerte, empieza su reivindicación a finales del xviii. El Gran Duque Leopoldo de Toscana le erige un mausoleo en la Santa Croce florentina, al lado de los grandes y bajo su nombre un epitafio merecido: “Tanto nomini nullum par elogium”. **No hay ningún elogio a la altura de tal nombre. El reconocimiento de su importancia y talento están presentes en la historia del pensamiento político.**